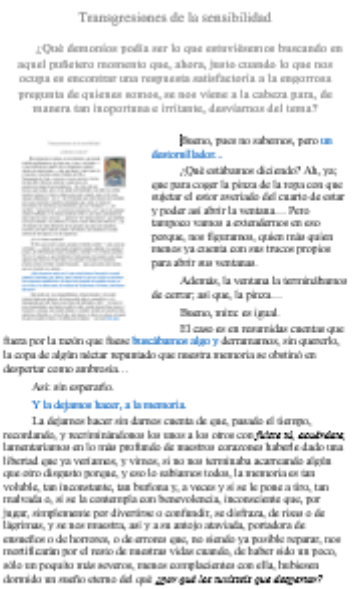
Transgresiones de la sensibilidad

Buscábamos algo y


Transgresiones de la sensibilidad

¿Qué demonios podía ser lo que estuviésemos buscando en aquel pulletero momento que, ahora, justo cuando lo que nos ocupa es encontrar una respuesta satisfactoria a la engorrosa pregunta de quienes somos, se nos viene a la cabeza para, de manera tan inoportuna e irritante, desviarnos del tema?

Bueno, pues no sabemos, pero un destornillador. .

¿Qué estábamos diciendo? Ah, ya; que para coger la pinza de la ropa con que sujetar el estor averiado del cuarto de estar y poder así abrir la ventana.... Pero tampoco vamos a extendernos en eso porque, nos figuramos, quien más quien menos ya cuenta con sus trucos propios para abrir sus ventanas.

Además, la ventana la terminábamos de cerrar; así que, la pinza....

Bueno, mire: es igual.

El caso es en resumidas cuentas que fuera por la razón que fuese buscábamos algo y derramamos, sin quererlo, la copa de algún néctar repuntado que nuestra memoria se obstinó en despertar como ambrosía...

Así: sin esperarlo.

Y la dejamos hacer, a la memoria.

La dejamos hacer sin darnos cuenta de que, pasado el tiempo, recordando, y recriminándonos los unos a los otros con *fuiste tú, acuérdate*, lamentaríamos en lo más profundo de nuestros corazones haberle dado una libertad que ya veríamos, y vimos, si no nos terminaba acarreando algún que otro disgusto porque, y eso lo sabíamos todos, la memoria es tan voluble, tan inconstante, tan burlona y, a veces y si se le pone a tiro, tan malvada o, si se la contempla con benevolencia, inconsciente que, por jugar, simplemente por divertirse o confundir, se disfraza, de risas o de lágrimas, y se nos muestra, así y a su antojo ataviada, portadora de ensueños o de horrores, o de errores que, no siendo ya posible reparar, nos mortificarán por el resto de nuestras vidas cuando, de haber sido un poco, sólo un poquito más severos, menos complacientes con ella, hubiesen dormido un sueño eterno del qué *¿por qué les tuviste que despertar?*

en nuestro desordenado arganear por cajones y altillos y rincones, y cajas de galletas y zapatos de esas que se almacenan conteniendo junto a la corporeidad del objeto guardado[1] el secreto insondable de un "para qué" inequívoco que el tiempo ha ido borrando sin piedad y sin ira toparon nuestros dedos con las cuentas de un rosario de nombres y de rostros desgranados, tan jóvenes que *pero quién* — costaría trabajo no exclamar si no fuera por el justo temor a que la voz exclamando se quebrara, de tan vieja y tan ajada ya — *diría*…

(esto es un fragmento de lo que, a juzgar por los papeles encontrados en el baulito de Valentina, se recuerda como un primer intento de intervención de Bernardina en su momento y en su día).

---

[1] Que las más de las veces no es ni mucho menos el buscado sino alguno tan extemporáneo como una barra de labios — Ana Bolena, que quién se acuerda (no de la reina y su triste final sino de la marca), de color granate —, o una moneda que dejó de ser de curso legal hace ya décadas, o una receta manchada de la grasa, o un frasquito diminuto que — encajado en un zapatito de tacón también diminuto de color (también) granate — exhibe una etiqueta en la que puede leerse "¡*mais oui*!"; o una llave que sirvió para abrir qué, o una estampa, o la jirafa de cristal (de cristal, sí, con su cuello tan largo) que salió milagrosamente indemne de un roscón de reyes, o…
¿Qué andábamos buscando?